MI MAYOR HEROÍSMO

(El cuento de un héroe de los tiempos de paz)

Fui una vez héroe, a los diez y ocho años. Héroe sin gloria, como esos que van a la guerra perdidos en la anonimidad general y mueren como leones defendiendo su bandera. Pero mi heroísmo fue mayor. En la guerra, cuando se siente la borrachera de la lucha o del odio, cuando el olor de la pólvora y el estampido de los cañones matan el instinto de conservación, es fácil ser héroe. Una bala perdida, un pedazo de metralla pueden hacer un héroe de cualquiera... El mío fue un heroísmo de voluntad contra mí mismo, en una batalla que no tuvo más testigo que a Dios. Oíd:

Era mi primera novia y la quería por ella misma, no por amor al amor que es la razón de los primeros cariños. Quizás me amaba ella en la misma forma. Juraría que aun ahora, distanciados los dos por la fuerza de circunstancias hostiles, que es más poderosa que la fuerza del querer, seguimos guardándonos alma adentro ese culto que se guarda a los amables recuerdos. Hay amores que se recuerdan durante toda la vida...

Como éramos jóvenes —en el primer albor de la juventud— nuestro amor era de deliquios espirituales; un amor de brisas y de trinos y de nubes, un amor que vivía de metáforas y de símiles...

—Te quiero como una mariposa quiere a la flor —solía escribirle—. Te busco como el arenal busca la caricia del agua, como la luna busca el espejo del estanque...

—Te veo en las estrellas, en los pájaros, en todo —me contestaba—. Hasta cuando rezo, se me antoja que el santo a quien rezo eres tú...

Era un cariño en plena inocencia. Nuestras almas se hablaban con un lenguaje de ángeles. Los piropos que florecían en mis labios eran

flores blancas, como el lirio, como la azucena, como la sampaguita, y en mi mente, que habrían de manchar después tantos malos pensamientos, sólo reinaba, en plena soberanía, la Ilusión... Pero un día —era mayo y sobre las flores se besaban las abejas— mis labios buscaron la miel de un beso.

—¿Me lo das? —la pregunté, temblando de deseo.

—No, jamás...

Se puso hermosísima, con la protesta en rojo intenso del pudor que flameó en las mejillas. Pero en ellas no vi la indignación, sino el rosa aterciopelado de la piel blanquísima que estriaban las arterias azules. Y en mí germinó un pensamiento de dominador. Pues que al beso —inocente prenda de amor que yo pedía— se había negado tacaña, ella, la mujer en quien adoraba, habría de concederme algo más que el beso, muchísimo más que el beso, aunque al empeño tuviese yo que dedicar toda mi vida.

Y fue una labor de conquista astuta, ardua y lenta. El ejemplo de la gota brava de agua que llega a socavar, a fuerza de ir cayendo constantemente, la piedra viva, espoleaba mis esfuerzos, y un día —todavía era mayo y sobre las flores seguían besándose las abejas— ella, derrotada, vencida y enamorada, me prometió en un suspiro:

—Bien, sea lo que tú quieras. Esta noche, en mi ventana, verás temblar un pañuelo, blanco como mi pureza. Entra en el jardín y me encontrarás en espera de ti...

II

¡La primera cita! ¡La primera cita de amor, al amparo de la noche amable, mientras lucen las estrellas y de lejos vienen las voces del silencio, como en apagada sinfonía de una orquesta universal! ¡El divino temblor del alma que siente sintetizada en breves segundos toda la eternidad! ¡Los sobresaltos, los miedos, las dudas, fundidos en la intensa emoción de unos momentos que tienen la duración de siglos!

Y la mía, mi primera cita, se celebraba con la más prodigiosa luminaria de astros y de estrellas en el cielo. Debían estar de fiesta, como yo, como mi alma. Desde todos los rincones del firmamento, me miraban con unos ojos que parecían guiñar o parpadear, y en aquellos ojos veía yo una enorme envidia. Y no sólo el cielo. La tierra también estaba de fiesta. Olía a azahares, a rosas, a jazmines. En el ambiente, había una saturación de perfumes. ¿Era realmente el ambiente, o era yo, que llevaba dentro de mí todos los aromas?

Pero yo llegué al lugar, como un ladrón. Me ocultaba en las sombras, me sumía en los quicios de las puertas. Media hora estuve al cobijo de un balcón destartalado, mientras esperaba que blanquease el pañuelo. Momentos de honda angustia. Mi corazón batía en su prisión como queriéndome saltar del pecho. De pronto, en la oscuridad de una ventana abierta —la suya— vi una cosa blanca, que ondeaba, que palpitaba, que parecía vivir. En tres saltos, crucé la calle, gané el solar de su casa. Y, ¡me vi en el jardín lleno de sombras, lleno de misterios!...

La vi acercarse, como una blanca aparición. Sobre el albo tono del traje —¡oh santa pureza toda blanca que venía a ofrendarse!— sólo negreaba, más negra que las sombras, la cabellera deshecha en dos cascadas gemelas. Mis brazos abiertos la recibieron, mientras en mis labios palpitaba el beso...

—Tú viniste —sólo pude balbucear...

—Sí, ya ves... He venido.

Se encogía, se achicaba, se anulaba en una enorme vergüenza que la tenía dominada por completo. En ella veía la voluntad que se entregaba, pero estaba lejos el alma, encadenada por las cadenas de los escrúpulos y el miedo al pecado. En mis brazos, la sentía temblar, como un pájaro aterido. Y entonces comprendí cuán grande debía ser el amor que así saltaba por encima de la conciencia para someterse a un enorme sacrificio. Pero en mis labios seguía palpitando el beso, como un ascua encendida. Me incliné...

Y en el claro de luna, vi cómo caían los párpados tal que alas heridas sobre los ojos. Y antes de cerrarse, vi cómo temblaban dos gotas de llanto...

Y fui héroe. En mis labios, en vez del beso, florecieron las flores blancas de los antiguos piropos:

—Te quiero como una mariposa quiere a la flor. Te busco como el arenal la caricia del agua, como la luna busca el espejo del estanque...

Y ella, comprendiendo mi renunciación, contestó agradecida:

—Mañana, cuando rece, creeré que el santo, a quien rezo eres tú…

Seguían las luminarias estelares. Seguían los perfumes saturando el ambiente. Y yo no sé por qué se me antojó que la claridad de las estrellas era más intensa y que los aromas eran más deliciosos...